

editorial

Entre los libros y nuestro silencio

Dedicamos este número de SINITE a la catequesis de la relación Religión-Cultura-Modernidad.

Y quisiéramos decir sólo una idea en su presentación: no se trata tanto de un tema del cual haya que hablar en la educación de la fe, sino sobre todo un tema desde el cual hablarse la palabra de Dios.

Por eso no hemos querido presentar un tratado sistemático, sino una reflexión lo más viva y sería posible sobre el modo de encontrar la Palabra de Dios en nuestro momento cultural.

* * *

Creemos que en los educadores de la fe hay un cierto desconocimiento del tema.

Hay en ellos, ciertamente, una capacidad de ver la realidad de su entorno, tematizarla, encaminar hacia ella a sus educandos.

Pero frecuentemente no disponen de una visión sistemática y radical de ese mismo entorno. Saben describir, pero tal vez no llegan a interpretar. Tal vez su capacidad de análisis sociológico no es tan definida como su buena voluntad.

El resultado: al pensador se le trata fácilmente de soñador inútil.

Es verdad que en ocasiones el presunto pensador es un diletante, un contemplador descomprometido con la realidad, enmascarador de su insuficiencia

práctica con términos sumamente sofisticados. Pero también lo es que sólo desde la idea puede construirse la sociedad de pasado mañana.

* * *

El síntoma más claro de esta deficiencia en los educadores cristianos es su desconocimiento de la historia.

Desconocemos realmente el pasado próximo de nuestra tierra, la historia de los últimos doscientos años. No hemos tenido demasiada ocasión de asomarnos críticamente al proceso de su industrialización, de su tecnificación profunda, de modo que percibiéramos su alcance en el modo de ver la vida de nuestra gente.

Es claro que sólo desde un pasado de dos siglos, por lo menos, sólo desde él puede interpretarse nuestro momento histórico de un modo fecundo. Sólo desde él podemos entender la racionalidad y la organización, la verdadera naturaleza de las ideas políticas, el trastorno de las emigraciones, de los movimientos ecológicos y pacifistas, de los regionalismos y las reivindicaciones.

Sólo desde esa historia inmediata podemos entender el camino de la catequesis en la modernidad. Porque no podemos prescindir del hecho de que han ido paralelos el progreso científico u objetivo de la escuela y la ciencia y el de la presentación de la Palabra de Dios.

Por ejemplo: el concepto de Catequesis desde hace un siglo significa algo distinto de los diecinueve anteriores. La Palabra misma puede sonar igual, pero hoy se ha hecho mucho más amplia, mucho más en relación con todo el vivir laboral y cultural, mucho menos próxima a lo eclesialístico convencional. Nuestro modo de entenderla desconcertaría a las gentes del siglo pasado.

* * *

Junto a la deficiente visión de la historia contemporánea, este otro dato a meditar: tendemos a separar las palabras eruditas o especializadas del pensador y la realidad de nuestra vida personal o de la vida concreta a nuestro alrededor.

Tendemos a distanciar ambas realidades por falta de formación humanística, por falta de sentido profundo de la historia. Sabemos bastante sobre los movimientos configuradores de la modernidad, es verdad. Pero, salvo excepciones, no sabemos llegar a tomarlos como expresiones abstractas de la vida diaria. Sabemos que en la vida diaria nos mueven la satisfacción y la insatisfacción, la comunicación y la soledad, la ilusión y los resultados, el hastío y la euforia, la paz, la serenidad, el perder el tiempo. Y nos parece que estas realidades no guardan relación con las palabras frías, de manual, del positivismo, psicoanálisis, marxismo, estructuralismo, etc.

Entonces, claro, nuestra apreciación de tales movimientos es más erudita que viva. E igualmente nuestra presentación de los mismos en la catequesis.

De ahí resulta esta impresión tan repetida en nuestros educandos: ¿pero estamos en religión o estamos en filosofía? (No se dan cuenta de que, haciéndolo así, tampoco estamos en filosofía).

* * *

Hay que subrayar este último punto, y precisamente desde una observación que los análisis de la modernidad nos hacen bien evidentes: la mitificación de las palabras solemnes.

Por instinto, porque somos conscientes de nuestra limitación individual, pensamos siempre que hay especialistas capaces de comprender nuestro entorno mejor que nosotros. Así, buscamos en ellos nuestra guía de acción, nuestro modelo de comportamiento, las pautas para interpretar. Pero además están los manipuladores del sentir colectivo, los convertidores del pensamiento en ideología y rentabilidad: tratarán de hacernos más dependientes todavía de sus diagnósticos.

El resultado de estas dos situaciones consiste en nuestra veneración de las palabras solemnes.

Pero, fijémonos: al venerarlas, las separamos de nuestra vida. Con ello las situamos en un mundo ficticio y reducimos el nuestro, el real, a práctica sin pensamiento. Con ello, igualmente, cuando presentamos nuestra explicación de tales palabras, servimos más al manual donde se resumen que a la vida. Y al explicar la vida la vaciamos de sus raíces, reducida a recetario de costumbres y oportunismos disfrazado de actualidad o urgencia.

* * *

La experiencia nos ha ido haciendo ver qué resulta de ello.

Hay, ante todo, una radicalización casi nada crítica en la entrega de nuestros alumnos a tales palabras. Creen en ellas de un modo visceral, nada científico. Se dejan guiar por ellas por la simple razón de que si no lo hacen así no se consideran a sí mismos hijos de su tiempo. Copian, obedecen, se agitan, no llegan a escuchar, se incapacitan para el diálogo.

Más tarde, como era lógico, tropiezan con la realidad de la vida adulta, van desengañándose del aparato ideológico al que se habían entregado. Muchas veces resulta que ya no creen en nada.

Había fallado, sencillamente, la referencia al silencio que acompaña siempre nuestras palabras. Habían creído —habíamos creído, tal vez— que las palabras sobre la modernidad la expresan completamente, con total claridad.

Y es que los diagnósticos de los sabios, que siempre van precedidos de un gran silencio, deben provocar más nuestra conciencia que nuestra acción. Tal vez hasta hace bien poco, en estos temas, contaba más la actividad que la contemplación, la programación del cómo sobre la meditación del porqué.

* * *

Por todo ello, yendo a lo concreto, a lo metodológico: en catequesis no debe preocuparnos tanto la justeza total y erudita del pensamiento humanista que presentamos, cuanto la relación hecha por el alumno entre su propia vida y los datos básicos de tal pensamiento.

Esto significa que la guía de programación de nuestras sesiones tal vez no ha de ser el proceso lógico de la presentación de cada humanismo. Ha de ser, en cambio, la consideración —teórica y experiencial— de temas como estos: racionalidad, esperanza-desesperanza, explotación, organización, secularidad, colectividad... Así: cuatro o cinco sesiones dedicadas al tema «explotación», «burocracia», «medios de comunicación e ideología», etc.

Por lo mismo se entiende que no es bueno reservar este programa para un trimestre de tercero de BUP o de FP II. El programa de religión en todos los cursos debe edificarse sobre la palabra de Dios, no sobre la palabra sociológica. En la medida en que un alumno de cursos inferiores pueda asomarse a los temas del párrafo anterior, por tanto, debe hacersele ver la relación entre la Palabra de Dios y los humanismos actuales.

Evitaremos así, entre otras cosas, estar hablando del marxismo o del positivismo hasta Semana Santa, con lo que el tema de Jesús y su Iglesia se nos habrá tal vez escapado.

(Lo han visto así los programadores de la Comisión Episcopal, y tal vez por ello tienen de momento bloqueado el lanzamiento del programa de 3.º de BUP).

Como puede verse, hemos estructurado el tratamiento de este número en Cuatro Partes y una Conclusión.

Su orden, el lógico: de lo más sencillo a lo más complejo, de lo que se ve a lo que se adivina. Por delante, una Introducción sobre el método o la actitud a seguir.

Después, en cada apartado, dos bloques: el primero dice en síntesis la consideración teórica del tema en cuestión (una página, en todos los casos); el segundo va recorriendo seis o siete situaciones de la vida real que hacen vivos los pensamientos de la síntesis teórica.

Esperamos de ese modo cumplir dos objetivos: presentar un esquema científicamente válido y leerlo desde la vida real.

* * *

En fin.

Ahí está nuestro trabajo, este número nuestro de SINITE.

Lo hemos ido haciendo en un Cursillo Opcional, dentro de los estudios del San Pío X. Entendemos que supone un trabajo de investigación, más para la revista que para publicación de tratado, más para criticarse que para aceptado.

Nos hemos preguntado por la visión panorámica del asunto: por los sistemas de los síntomas y los sistemas de las interpretaciones. Nos hemos preguntado por su verificación en la vida de aquí y ahora. Hemos buscado un método para llegar a todo ello en la catequesis.

Y lo hemos resumido todo en nuestro modo de proceder. Así, nuestro trabajo es la crónica de nuestra reflexión, la historia de cómo lo hemos ido haciendo. Pensamos que puede ser útil si se lo recibe y se lo practica como tal: no importan tanto sus palabras cuanto la intención que le ha dado unidad. Por eso, más que un manual, presentamos un estilo. Bien sencillo, desde luego.

* * *

Nuestro trabajo lleva muchas firmas, de alumnos y profesores. Y la huella de varios estilos, desde el confidencial subjetivo hasta el aséptico, teórico.

Hay en él, también, no poco de los alumnos de nuestros Cursos de Catequética a Distancia: ellos han ido poniendo un realismo que a veces aquí, en el Centro, nos faltaba.

Todos estos hemos puesto la mano en lo que sigue: Juan José Arín, Francisco Batista, Eduardo Blasco, Miguel Angel Carballo, Francisco José Collantes, Araceli Delgado, Antonio Díaz, Joaquín Gimeno, Alfredo Antonio González, Luis Alberto Guijarro, Purificación Hernández, Juan Lázaro, Jon Lezámiz, Juan Carlos Monroy, Raúla Margarida Neves, Teófilo Oreja, Idalina Penela, María Jacinta Pereira, Jorge Esteban Peris, Antonio Pindado, Angel Antonio Sánchez, Atanasio Serrano, Francisco Javier Terrero, Juan Luis Urmeneta, José Moraleda, José María Martínez y Pedro María Gil.